

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Doña Mayor de Fonseca*, por D.^a Angela Grassi.—*Las Estaciones* (poesia), por D.^a Cármen de Espejo y Valverde.—*La ciencia del corazon* (continuacion), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Cantos populares*, por D. A. F. Grilo.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 807.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.

DECIDIDAMENTE será la Pascua de Resurreccion la portadora de las novedades primaverales: ¡Qué de confecciones caprichosas! ¡Cuántos trajes sencillos, ligeros, sin mas pretensiones que las adherentes al buen gusto, se preparan á hacer su entrada triunfal no bien den al viento sus alegres ecos las campanas anunciándonos la mas bella Pascua del año! Pasados los días de luto, de tristeza y llanto en que la Iglesia celebra el Misterio mas grande de nuestra religion, absteniéndose los fieles de fiestas y regocijos, para consagrarse á la contemplacion del magestuoso drama del Gólgota, terminan las tinieblas, renace la luz, pueblan el aire las alegres voces de las campanas, vuelve la alegría á todos los corazones, animanse las calles y las fiestas.... ¿Qué momento mas oportuno para hacer su aparicion la Moda de primavera?

Entretanto que llega ese instante deseado adelantaremos algunas noticias de actualidad, porque la Moda, que no permanece un instante estacionada, multiplica sus creaciones sin darse cuenta de ellas, y mientras hace mayores preparativos va ofreciéndonos pequeñas muestras de su actividad para que no la olvidemos. Si aunque deidad pertenece al género femenino, bien merece perdon este inocente deseo de estar siempre fija en la memoria.

Como asunto al que conceden las damas la mayor importancia, empezaremos por decirles que la enagua acerada, el prosáico miriñaque, siempre

combatido y siempre vencedor, se sostiene, si bien ha sufrido alguna modificacion necesaria por el corte nesgado de las faldas: los que ahora imperan son en extremo recogidos de la cadera, poco abultados de adelante y de los costados, y muy separados de atrás para que despidan bien la cola del traje, cada vez de mayores proporciones. Entiéndase, sin embargo, que nos referimos á los trajes de sociedad, visita y paseo, pues en los de calle el miriñaque debe ser moderado, y la costumbre económica y cómoda de llevar el traje recogido sobre otra falda de color, hace indispensable esta diferencia.

Entre las novedades dignas de citarse, y que se anuncian con gran favor para los trajes de primavera, figuran los cuerpos de aldeta larga, como el patron que hoy ofrecemos á nuestras suscriptoras, y sobre todo, tiene gran aplicacion la aldeta postiza, que sujeta á un cinturon de la misma tela se coloca sobre un cuerpo redondo, transformándole de repente en traje de mas pretension ó de calle, porque le da el aspecto de un paletot ceñido, que entre paréntesis, serán los que se usen esta primavera, ceñidos, hasta el punto de llevar encima el cinturon.... ¡Los cuerpos esbeltos deben haber intrigado para este resultado feliz! Dámosles la mas cordial enhorabuena por su triunfo, y volviendo á las aldetas arriba citadas, indicaremos que se han hecho algunas para sociedad en color contrario al del vestido, con muy buen éxito: por ejemplo, sobre un traje blanco con los adoruos verdes ó rosa, la aldeta de este color guarnecida de guipures blancos ó

negros, es del mejor efecto, pero como de mayor aplicacion, la aconsejarémos de la tela del mismo vestido.

En los sombreros se advierte completa vaguedad. Las formas ya conocidas, el sombrero *Imperio*, el *fanchon*, el sombrero *pamela*, miden sus fuerzas en un lucido torneo, y no sabemos quién quedará vencedor en el campo. El sombrero *pamela* tiene grandes probabilidades para las jóvenitas, pero como este sombrero no será nunca de vestir, no es de esperar que al menos en nuestro campo se lleve el premio. Por ahora, y hasta que se decida tan árdua cuestion, diremos que se sostiene en primer término el sombrero de fondo bullonado con ala y *ba-volet* *Imperio*, partiendo las bridas cada vez de punto mas alto para bajar adornando las mejillas, y confeccionándose en tul y *crespon* con flores delicadas, primeras víctimas ofrecidas al sol de la primavera.

Época poco á propósito es esta para ocuparnos de reuniones, y hasta intempestivo parecería si algunos conciertos no se permitieran agrupar á las familias de la buena sociedad de la corte que abre un paréntesis á los bailes, que son su diversion favorita. Para estas severas fiestas deben las personas de buen gusto ataviarse con trajes ricos, distinguidos, pero sóbrios de adornos, que pertenecen de derecho á reuniones mas festivas. Nuestros almacenes de la calle de Espoz y Mina ostentan ya la rica sedería de primavera, en que como dijimos, figura en primer término el dibujo rayado sobre fondos blanco ó medio color con listas malva, grosella, verde, etc.

Para las jóvenitas aconsejaremos sin cesar los cuerpos de tul y muselina blancos, que este año gozarán aun de mas favor que el anterior. ¡Quién lo diría! Sin embargo, su dilatado imperio hace su apologia. ¡Nada mas fresco ni que mas favorezca á las jóvenitas! Ejecútanse bullonados para las delgadas, con entredoses y guipures para las gruesas, y muchos con la aldeta larga, antes citada, y ceñida con cinturon igual á los adornos. Sobre un traje de seda claro, es este un atavío lleno de gracia y coquetería.

A las que no quieran presentarse tan modestas,

porque su gusto ó estado no se lo consiente, les aconsejaremos un traje de tafetan verde mar (*figurin*, núm. 807), cubierta la falda de otras dos de *crespon*, verde tambien, y del mismo largo que la de seda: la primera de *crespon* lleva al pié tres volantes encañonados de la misma tela, y la de encima tres guipures blancos tirados, que suben en ángulo al costado izquierdo, abriéndose la falda en todo su largo al costado derecho, y volviendo las puntas en solapa, guarnecidas de otra guipure: presillas de perlas cruzan de uno á otro lado de la abertura, por las que se vé la otra falda interior, y el cuerpo es escotado con drapería de *crespon* y guipure, y talle redondo con cinturon orillado de un cordon de perlas, que descende flotante por la izquierda, rematando en borlas: manga corta de bullon. *Peinado* alto, con grupo de flores de diferente matiz colocado sobre la castaña alta, bajando distintas ramas por entre los rulos del pelo, que rodean la frente: aderezo de perlas.

Para que forme contraste con este gracioso traje, y para dar á nuestras lectoras otro á propósito para ostentarlo en los dias de Semana Santa, citaremos uno de grós imperial negro, de falda lisa, cortada en nesgas y pronunciada cola: el cuerpo alto y de talle redondo, lleva un biés de terciopelo color de pensamiento, que marca escote cuadrado sobre el cuerpo, sirviendo otro biés semejante de cinturon: un bullonado del mismo terciopelo adorna la parte superior de la manga, y otro va á la altura del codo, completando el adorno de tan severo traje lazos de terciopelo morado, terminados por herretes de oro, colocados por detrás en el talle y en los ángulos de la berta. Si á nuestra característica mantilla quisiera reemplazarse el sombrero, lo que no aconsejamos en semejantes dias para visitar los templos, podría acompañar á este traje un sombrero sencillo de terciopelo negro, bajo y puntiagudo de adelante, con fondo terminado en pico guarnecido de guipure blanco y cordon morado, que descende flotante por detrás: un nido de pluma con pájaro en el centro, va sobre el pico del ala, completando el sombrero rostrillo morado y bridas de raso blanco.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

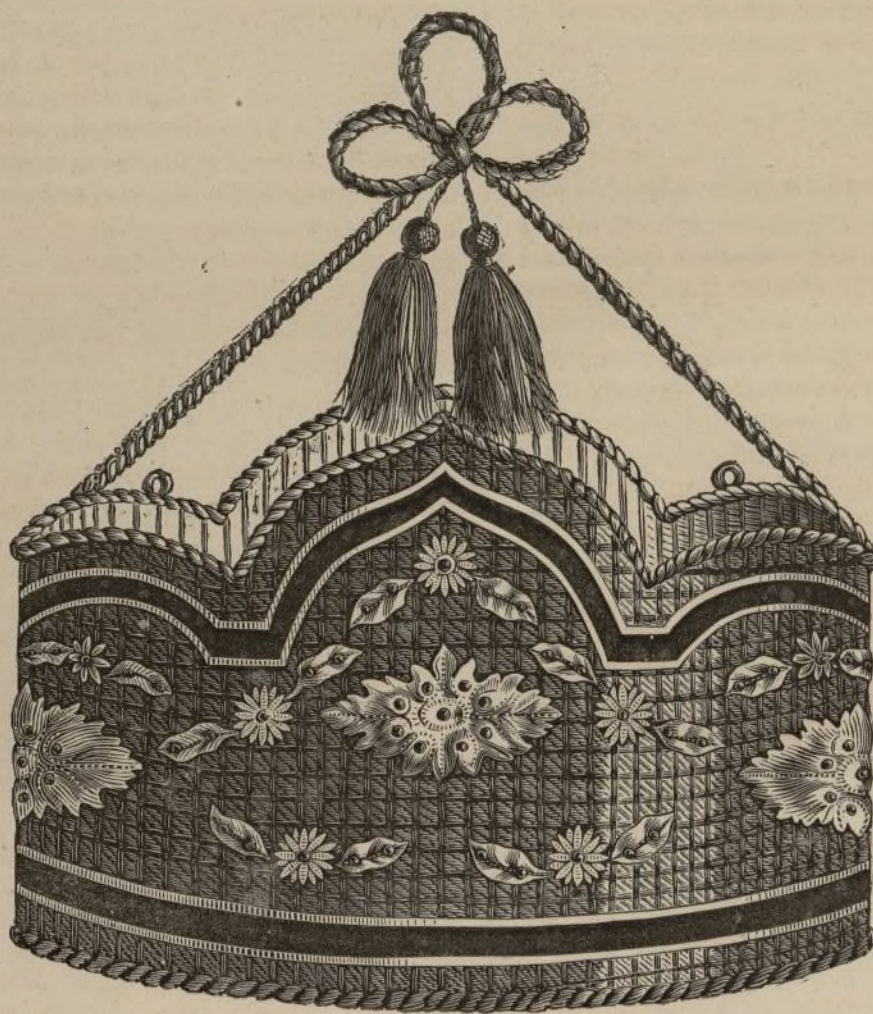
D.^a MAYOR DE FONSECA.

El amor filial, es sin duda el mas puro y santo de los amores; tierno culto que el hombre rinde al autor de su

existencia, como símbolo del que debe tributarse al Arbitro Supremo!

Ama á tus padres, dice Jesucristo, y vivirás largos dias sobre la tierra. Ama á tus padres, dice el hombre, y el mundo verá en este amor la síntesis de todas las virtudes!

¡Dichosos los hijos que por mañana y tarde reciben la



bendición de sus padres: dichosos los padres, que desde su helada sepultura, oyen por mañana y tarde las tiernas plegarias de sus hijos!

Raro ejemplo de esta virtud dió al mundo D.^a Mayor, y tal, que dejó atrás el de aquella piadosa Romana que alimentó á su anciano padre con el néctar de su seno.

A seis leguas del mar que baña las costas de Galicia, y á otras seis de las rías de Noya y Arosa, hay una verde colina, en derredor de la cual se abrazan amorosamente, confundiendo sus aguas dos caudalosos ríos, llamado el Sar y el Sarela.

Los ríos que se abrazan allí, destrenzándose despues en la llanura, y dividiéndose en delgadas hebras de plata, fertilizan una vega, rica en árboles frutales y cubierta de hortalizas, mezcladas con las flores mas bellas y lozanas.

Estos árboles, estas flores, brindan sombras y perfumes á una antiquísima ciudad que descuella sobre la colina, y aunque sus calles son estrechas, desniveladas y tortuosas, no hay ninguna otra en España mas adorada y bendecida.

Y no es por su templado clima, auras puras, sol brillante, no; es porque guarda en su recinto el cuerpo glorioso de un Apóstol, protector de nuestra patria; es porque se llama Santiago de Compostela, y este nombre resuena dulcemente en nuestros corazones.

Desde tiempo inmemorial iban en peregrinación los fieles cristianos, venidos de todas las partes del mundo, á recibir la luz del alma en su magnífica Catedral, llena de exvotos y de ofrendas; allí corrían en tropel los sábios, para recibir la luz de la inteligencia en sus preciadas bibliotecas. ¡Ciudad de santos y plácidos recuerdos, antes permitirían los españoles que se les arrebatasen todas sus comarcas, que quedase profanado su recinto misterioso!

En 997, sin embargo, fué víctima de una gran catástrofe.

Mohamad Alagib, general del Rey Hisen de Córdoba, hizo una irrupción en tierra de cristianos, causando notables perjuicios en Portugal, Leon y Galicia, y vino á sitiar á Compostela.

Gobernaba en ella, en nombre de D. Bermudo, D. Rodrigo de Fonseca, quien atendiendo tanto á salvar la ciudad confiada á su hidalguía, como al sepulcro del bendito Apóstol, opuso una resistencia tenaz y desesperada.

Pasaban los días, faltaban á los sitiados los recursos, que no el valor de los ánimos invencibles, y desalojados primero de las murallas y despues de calle en calle, corrieron á apilarse en derredor de la Catedral, resueltos á morir en defensa de su libertad y del sepulcro santo.

Mas animoso que nadie, mostrábase D. Rodrigo, cuando una traidora saeta vino á clavarse en su costado. La herida era peligrosa pero no mortal. Entonces, trazando con su propia sangre algunas letras sobre un pergamino, llamó á su escudero y le dijo:

—La noche cierra, el enemigo necesita reposo: es tiempo todavía.

En la misma capilla en donde yace el cuerpo del glorioso Apóstol, hay una puertecita. La puertecita da entrada á un subterráneo; el subterráneo tiene su salida en el monte de Pedrosa.

—Huye con mi hija, único lazo de amor que me sujeta

á la tierra. Llévala á la corte de D. Bermudo, entrégale este pergamino y dile como quedamos: yo herido, las murallas abiertas, el enemigo animoso y nosotros abatidos.

Adios, mi fiel escudero: calla y obra.

El escudero calló y obró.

Pero el enemigo no buscó el reposo despues de la refriega: lleno de cólera Mohamad Alagib por la resistencia que hallaba, mandó traer á la ciudad grandes haces de paja y pegarlas fuego.

Ardieron las haces, ardieron las casas, y la ciudad se convirtió en un volcan de fuego.

Al verse envueltos entre las llamas los valientes defensores, soltaron un alarido de dolor: recordaron que eran hombres, recordaron que entre aquellas paredes ennegrecidas por el humo, gemían sus madres, sus esposas, sus tiernos hijos; madres, esposas é hijos, que iban á quedar sepultados entre los escombros!

Y sin embargo, ¡oh esfuerzo del valor heroico, ninguno de ellos se movió; ninguno de ellos abandonó el sepulcro santo para correr en defensa de las prendas de su alma.

Ne faltaron á su deber de cristianos y leales; pero cuando el enemigo se arrojó sobre ellos, brioso y encarnizado, pudo ya vencerlos, porque estaban vencidos de antemano por la dolorosa amargura de sus pechos.

La ciudad fué entregada al saqueo, profanado el templo, robados los Sagrados Vasos, y las alhajas de plata, oro y piedras preciosas.

Cuando Mohamad Alagib quedó satisfecho del saqueo y la matanza dió la vuelta á Córdoba; pero se llevó consigo las puertas de la Catedral, como trofeo de su victoria.

Mandó trasladar tambien las campanas grandes y macizas en hombros de cristianos, y cargó con la mayor á D. Rodrigo, sin atender á sus canas, á su herida y al dolor que le agobiaba.

Caminaban los infelices cautivos á paso lento en medio del ejército agareno, á tiempo que por una cueva del monte de Pedrosa salían un hombre y una niña, que apenas contaba doce primaveras.

Eran D.^a Mayor y el escudero.

Desde aquel sitio pudieron ver la ciudad incendiada, el templo derruido, y en la llanura las victoriosas huestes enemigas, que se iban alejando.

La niña soltó un grito doloroso.

—Mi padre va allí! exclamó, ¡mi padre, mi pobre padre!

—Vamos á la corte de D. Bermudo, se apresuró á decir el escudero, pongámonos en salvo!

—¡Ponerme en salvo! ¿Y él?... dijo D.^a Mayor con acento congojoso.

—D. Bermudo tratará de su rescate....

—¡Y entretanto, mi pobre padre, cargado de hierros, traspassado el pecho de dolor, no tendrá á quién volver los ojos, no tendrá á quién pedir una palabra de amor y de consuelo!

¡No, mi fiel escudero, no! Parte á la corte de D. Bermudo; yo voy á compartir la suerte de mi padre!! ¡Tu deber está allí! aquí está el mio!

No me hables; parte, vete!...

Y la intrépida niña, sin atender á ruegos ni á razones, tomó la huida, descendió de la montaña, atravesó la llanura, y mezclándose con los soldados agarenos, pidió que la llevasen delante de su jefe.

—Yo soy la hija de D. Rodrigo, le dijo sin temblar, sin verter ni una sola lágrima, y vengo á pedirte que me dejes seguirle. ¡Tendrás otra cautiva; tendrás doble rescate!

Si le agradó al moro la accion, le desagradó la altivez, y así aunque consintió en lo que le pedía, no la hizo merced ninguna.

D.^a Mayor siguió á su padre, y durante todo el viaje fué la admiracion de moros y cristianos.

Alentada por el amor filial, ella llevaba casi siempre en sus hombros la pesadísima campana.

Pero no se limitaba á esto su cariñoso esmero: dábale á él, con ingeniosos pretestos, los manjares delicados que como á dama la ofrecian; cedíale siempre el monton de paja que la destinaban para que reposára: era imposible imaginar mas delicadas atenciones que las que ella le prestaba en medio de su infeliz estado. No contenta todavía, procuraba alentarle con sus palabras dulces y consoladoras, ó distraerle con sus amenas pláticas. Treinta y seis dias emplearon en el viaje, sin que ni un solo instante se desmintiese su constancia.

Arostraba con singular paciencia la lluvia, el frio, el hambre y la fatiga, atenta tan solo á aliviar de estas incomodidades á su adorado padre.

Cuando por fin llegaron á Córdoba, el Rey, asombrado por las maravillas que contaban de su rara virtud, quiso verla. Era D.^a Mayor hermosa, y su vista inflamó el alma del Monarca, quien la ofreció ceñir á sus sienes la corona.

La esforzada niña rehusó su oferta, como había rehusado la del escudero, que la brindaba con un regalado descanso en la corte de D. Bermudo, y pidió por única gracia dividir la prision con el autor de su existencia. Rehusósele el

Rey, que queria obligarla á ceder; pero D.^a Mayor ideó tan ingeniosos medios para ver y consolar á su padre, puso en planta tantos y tan peregrinos ardides para pasar algunas horas á su lado, que al fin, vencido el Rey, separó á don Rodrigo del comun de los presos, dándole habitacion aparte, aunque bien guardada, y permitiéndole que viviese allí su hija.

Quince años pasaron de este modo, olvidados del mundo entero, pero felices con su mútuo afecto; pues para doña Mayor no había mas mundo que aquella cárcel, mas alegría que una sonrisa de su padre.

Tratóse varias veces del rescate de ambos, sin que las continuas guerras permitiesen llegar á una avenencia, y cuando ésta al fin se efectuó, fué sobrado tarde, pues don Rodrigo acababa de espirar en los brazos de su hija.

Llevóse D.^a Mayor el adorado cadáver, y le dió magnífica sepultura en Compostela. Luego, como si en su gran corazon no pudieran hallar cabida los mezquinos afectos de la tierra, concentró todo su amor en aquel Dios que junta en el cielo á los que se han amado en este mundo.

Con sus inmensos bienes, que había recobrado, fundó una hospedería, para que sirviese de albergue á los peregrinos, y dejó una fundacion para que se rescatasen las campanas de la Catedral, que servian de lámparas en la mezquita de Córdoba.

En efecto, al cabo de doscientos años, el santo rey don Fernando, con el dinero centuplicado de aquella fundacion, marchó á la conquista de dicha ciudad, y habiéndola ganado, hizo que para satisfaccion de la afrenta se restituyesen á Santiago las campanas de su iglesia en hombros de los moros.

En los archivos de la Catedral se guarda todavía la relacion de este suceso, y el nombre de D.^a Mayor ha pasado á la posteridad como modelo de hijas amantes y virtuosas.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LAS ESTACIONES.

Pasa la Primavera
Con su verdura,
Y doblan ¡ay! las flores
Sus frentes mustias:
Llega el Estío,
Y sobre el campo estiende
Manto amarillo.

Tras él viene el Otoño,
Y el bosque presto
Queda triste, callado,
Desnudo y seco;
Pálidas hojas
Que el viento aremolina
El suelo alfombran.

Por último el Invierno

En la montaña,
Corona las alturas

De nieve blanca:

La lluvia fria

De torrentes y arroyos

Los cauces hincha.

De la existencia humana.

Las estaciones,
Son imágenes ciertas

Que copia el hombre;

Aunque ellas vuelven
Y el hombre cuando pasa
Desaparece.

Nace niño, el regazo

De madre tierna

A sus débiles miembros

Calor les presta:

Y en él dormido
Sonríe cual los ángeles
Del Paraíso.

Pronto el niño es mancebo,
Y el horizonte
De tul de oro le visten
Las ilusiones;
Aéreos fantasmas
De amor, poder y gloria
Su mente halagan.

En esa edad dichosa
La Primavera
Es la feliz imagen
De su existencia.

Que ante sus ojos
Con encanto indecible
Sonríe todo.

Jóven, lleno de fuerzas
De vida rico,
Luego forma en la mente
Planes distintos;
Por realizarlos
Muchas veces omite
Hasta el descanso.

Y si algunos de aquellos
Cumplidos mira,
Si los frutos recoge
De ansias continuas,
Ya en él retrata
Del Estío sereno
La sazón plácida.

Mas rápidos suceden
Años tras años,
Y no es la Primavera
Ni es el Verano,
Su copia entonces,
Que es el Otoño triste
Sin sol ni flores.

Porque el Otoño pálido
También remeda
A ese Otoño sombrío
De la existencia.

Si allí no hay galas,
En el otro los duelos
Secan el alma.

Y cuando ya el cabello
Plata parece,
Cuando el andar es tardo
Y el eco es débil,
Cuando la vista
Es como de la tarde
La luz que espira;

Es aterido Invierno,
Prado desnudo,
Fria y oscura niebla,
Árbol sin jugo;

Es lumbre ténue
Que lenta se consume,
Y oscila y muere.

CÁRMEN DE ESPEJO Y VALVERDE.

LA CIENCIA DEL CORAZON.

Continuación.

XII.

—Qué ha dicho? qué ha dicho? exclamaron de todos los ángulos de la mesa.

—Que quién quiere Madera?

—Yo! yo!

—Y yo.

—Todos, todos!

—Qué significa esta generosidad? exclamó un pensionista que conocía como todos las órdenes restrictivas del doctor Fontenay.

Éste por toda respuesta, hizo señal al criado de que fuese á buscar el vino pedido.

El doctor Miranda, á quien esta concesión no había apartado de su idea fija, exclamó:

—Íbais á explicarnos por qué la música se mezclaba en la historia de la jóven loca del núm. 16.

—Sí señor, como que ella ha sido el origen de su demencia. En los concursos públicos de piano contaba obtener el primer premio, como que todo el año había sido la mas aventajada; pero hé aquí que en la distribución se encontró postergada por otra jóven protegida del maestro, que fué quien le obtuvo.

—Bueno, bueno, interrumpió de nuevo el doctor Fontenay. Ya llegó el vino, preparad vuestro vaso, Mr. de Vidalin.

Así lo hizo éste, y por un momento el episodio del vino interrumpió su relato: no obstante, el doctor Miranda no se distraía tan fácilmente, y volvió á decir:

—Y qué sucedió despues de tan notoria injusticia? cómo recibió el golpe la víctima de aquella parcialidad?

—Es toda una historia, replicó Mr. Vidalin. La noche que siguió á la distribución de premios la jóven sacrificada tuvo fiebre, se la trasportó á casa de su familia, y desde entonces no ha vuelto al colegio. Qué sucedió? la sacaron de París, murió acaso; por esto cuando mi hija Josefina la ha reconocido....

—Ha creído reconocerla, interrumpió por centésima vez y no de muy buen humor, Mr. de Fontenay.

—Y cuál es el nombre de la compañera de vuestra hija? preguntó con interés el doctor Miranda.

—Su nombre? replicó Mr. Vidalin.... su nombre... á fé mía mi hija me lo ha dicho, pero...

El doctor Fontenay manifestó á esta pregunta gran indiferencia, mientras Miranda aguardaba la respuesta con la mas viva ansiedad.

—Decididamente le he olvidado.

El doctor Miranda hizo un gesto de disgusto, mientras Mr. Fontenay replicó con burlona sonrisa:

—Es extraño, Mr. Vidalin, que no os acordeis de un nombre oído esta mañana.

—Ya le recuerdo, se llama Eloisa.

El rostro del doctor Fontenay, que se contrajo por un momento, se dilató de nuevo, y su expresión sombría pareció trasladarse al rostro del doctor Miranda. Una misma causa produce contrarios efectos.

Ninguna analogía había entre el nombre de Eloisa y el de Ernestina Vanneau, atribuido por el doctor Miranda á la joven loca; de modo, que la hija de Mr. Vidalin se había engañado, la joven demente y la sobrina del banquero no eran una misma persona.

No obstante, el doctor Miranda se decía que el doctor Fontenay había querido cortar cien veces la conversacion, lo cual era una prueba; ¿pero cómo la joven que le habían dicho ser nacida en América, y no había dejado su país hasta hacia dos años, podía haberse educado en Francia?

Su mente era un caos, pero como aquel célebre astrónomo, que ante los inquisidores que le castigaban, por sus descubrimientos acerca del movimiento de la tierra, decía: «Y sin embargo, gira,» así el doctor Miranda, á pesar de tantas noticias contradictorias decía: «Y sin embargo, es ella, es la que yo he visto en el baile y en paseo.»

A la mañana siguiente nos reunimos como de costumbre en el cuarto consabido, penetramos en él con el deseo natural de saber si la que le ocupaba se había abandonado como de costumbre á sus instintos de destruccion.

Nuestro temor, preciso es confesarlo, era muy grande, porque á todos nos interesaba aquella pobre víctima. Es un error general creer que los que estamos acostumbrados á cuidar enfermos tenemos completamente embotado el órgano de la sensibilidad; por el contrario, hay algunos enfermos que logran conquistar nuestro interés, consiguiendo que suframos con sus dolores, que nos aliviemos cuando ellos dejan de sufrir. Estos enfermos, si una vez lejos de nosotros nos olvidan, nosotros no los olvidamos jamás. Quizá hay un poco de egoismo de nuestra parte; pero nuestra única gloria, nuestras únicas alegrías, consisten en quitar el dolor al que padece, en otorgar la salud al que le falta, en arrancar á la muerte su presa.

El desaliento que nos impresionó la víspera al contemplar el espejo roto, no fué nada en comparacion del que nos produjo el cuadro que en este día se ofreció á nuestra vista. Ante todo, el segundo espejo había sufrido la misma suerte del primero, y á él acompañaban las lindas cortinas hechas pedazos, las sillas destrozadas, y todos los muebles, si no destruidos por completo, inválidos todos. El piano solo, único objeto sagrado de aquel templo, estaba intacto: ni la menor raya había destruido su pulimento.

El doctor Fontenay en vista de aquel destrozo, dejó de burlarse del tratamiento del doctor Miranda, el cual por su parte no trató ya de hacer un geroglífico de su plan de curacion.

Dijo á su compañero que no se admirase ni se opusiese á lo que iba á ver, lo cual le fué ofrecido; y volviéndose á mí, me dijo que renovase de nuevo todo lo inservible con objetos del mismo valor.

Cuando terminó de hablar conmigo volviéndose á la joven loca, y le dijo con cortesania:

—¿Aprobais, señorita, lo que acabo de decir á Morel?

—Sí, caballero.... y en verdad no sé cómo recompensar tantos favores: un hermano no tiene por su hermana...

—No hablemos de eso, y decid solamente si deseais algun objeto mas.

—¿Si le parecerá todavía que rompe poco? dijo á mi oído el doctor Fontenay.

—Si me atreviese.... murmuró la joven loca, pero no, no me atrevo!

—Lo veis? algo he olvidado, hablad, qué queréis?

La joven con gran timidez murmuró:

—Un juego de té de porcelana de Sèvres.

—Dos mil francos, me dijo Mr. de Fontenay.

—Y qué mas?

—Nada, que ese juego tenga doce tazas.

—Entonces le pondremos tres mil francos, murmuró el incorregible doctor.

—Morel, me dijo entonces Miranda, añadiréis á la lista de objetos el juego de café.

Hice un signo afirmativo, y el doctor Miranda pasó á la sesion musical.

—¿Y las dificultades de ayer, señorita, se han vencido?

—No he abierto mi piano desde ayer, repuso la joven dolorosamente afectada.

—Pues bien, le abriremos si lo consentís.

Esta proposicion produjo en el rostro de la joven toda una escala de sensaciones; su fisonomía espresó sucesivamente cólera, despecho, resignacion; cambios todos observados por el doctor Miranda, y que sin duda tradujo por otras tantas esperanzas de curacion, segun la satisfaccion que se pintó en su rostro.

Púsose la joven al piano, y cantó acompañándose la cancion consabida.

Jamás he oído una voz tan pura, tan fresca, tan afinada, tan aérea como la que nos hizo escuchar. Aunque mi educacion musical es limitada, á mí como á todos los que sentimos algo en el alma, me entusiasman las maravillas del arte.

Todo marchó bien hasta llegar á una nota en que la cantante se detuvo, y su mano quedó inmóvil sobre el teclado. Por un instante, Mr. de Fontenay y yo, creímos que aquella detencion tendria origen en alguna dificultad que acabaria por vencer; pero viendo que el reposo musical se prolongaba, el doctor y yo nos miramos con estraneza: solo Miranda no parecia sorprendido.

Sin cambiar de aspecto, sin manifestar la menor contradiccion, fijó una mirada penetrante en su discípula, cuya fisonomía se contrajo con angustia. ¡Drama extraño! El doctor Miranda agitaba á la joven como el viento agita la llama; la turbaba, como turbaba la Pitonisa á los que la consultaban. Su mirada dura y severa se fijaba ya en el piano, ya en los muebles destrozados, y este lenguaje mudo fué dominando á la joven, que acabó por ocultar el rostro entre las manos.

Al cabo de algunos instantes el doctor Miranda rogó á la joven dulcemente que continuase; volviendo ella á comenzar la cancion con el temor natural del que se espone

á un peligro ya conocido. En efecto, el peligro volvió: en el mismo sitio la cantante se detuvo con angustia, y de nuevo la mirada del doctor Miranda pasó de los muebles al piano, diálogo mudo que impresionaba dolorosamente á la jóven. Por fin, Miranda queriendo poner un término á aquella dolorosa escena, comenzó á cantar la cancion, salvando con rapidez maravillosa el obstáculo que había detenido por dos veces á la jóven loca.

La ejecucion fué sublime, hasta el punto de olvidarse la jóven de todas sus angustias, angustias problemáticas para nosotros, pero que la atormentaban hacia media hora. Dejose arrastrar hasta el éxtasis por aquella sublime melodía, y con las manos cruzadas sobre el pecho, como para retener el bálsamo divino que inundaba su alma, cerró los ojos, pareciendo una Santa Cecilia, adormecida por el encanto de la música.

Llegó por fin el instante de despedirnos, y la escena final nos dió la clave de todo lo que no comprendíamos.

Al despedirse de la jóven el doctor Miranda le dijo:

—Ya habeis visto, señorita, como me conduzco con vos desde que está á mi cargo vuestro cuidado; obro como obrais, ni mas ni menos: he roto ayer una tecla de vuestro piano, porque vos rompisteis un espejo de Venecia. La leccion pareció impresionaros; pero puesto que lejos de correjirlos habeis destruido un segundo espejo, mereceis castigo, y os le impondré, rompiendo ahora mismo tres teclas de vuestro piano, de ese instrumento que vos mirais, y con razon, como un consuelo, un confidente, un amigo!

—No, por favor!

—Es preciso; falta por falta.

—Yo os prometo que en adelante....

—Tambien ayer me prometisteis. ¿Cómo lo habeis cumplido?

—No obstante, yo os aseguro que esta vez...

—Es tarde.

—Yo os juro por la memoria de mi madre, por el dolor que me atormenta en este instante, que haré cuanto pueda para no destruir nada.

—Os repito que es tarde.

Y diciendo esto, el doctor Miranda se acercó al piano, tomó sucesivamente tres teclas y las hizo saltar, poniéndolas enteramente fuera de servicio, accion que arrancó del corazon de la jóven un grito de desesperacion. Su pecho se levantaba agitado, sus ojos derramaban lágrimas, y en su espresion se confundian la del niño que suplica y la del imbécil que no comprende el castigo que le imponen.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CANTOS POPULARES.

No os figureis, lectoras mías, al ver el titulo con que van coronadas estas líneas, que pretendo descubrir el verdadero origen de nuestros cantos populares, ni mucho menos haceros un juicio crítico sobre tan sentidas quejas, tan enamorados suspiros, y en muchas ocasiones tan chispean-

tes é ingeniosos epigramas, á quienes ha bautizado el pueblo con el nombre de cantares, haciéndoselos completamente suyos.

El pueblo es un gran poeta, nos repiten todos los dias apreciables escritores, dignos de estimacion y de laureles. Un literato, Académico distinguido, que acaba de publicar una coleccion, un lindísimo ramillete de esos mismos cantares, el señor D. Emilio Lafuente Alcántara, nos asegura tambien que la copla ligera, melancólica, suave, sentida y epigramática, brota á la casualidad, desordenada, suelta; pero siempre fácil y bella siempre, en las inteligencias mas incultas y en los talentos menos cultivados.

Otro ilustre Académico, á quien todos admiramos, y que honra verdaderamente á la literatura patria, el señor D. Manuel Cañete, en un luminoso prólogo, escrito para un libro de cantares, que es el objeto de este artículo, trata de demostrarnos que la gente vulgar y ordinaria no sabria decir:

«Entra el amor por los ojos,
Se deposita en el pecho,
Le alimentan los oídos,
Y le matan los desprecios.»

Esto es, que segun la opinion del notable crítico, que casi siempre es acertada, la poesia popular no puede tener su origen entre los incultos labriegos y entre los rústicos, que generalmente no saben espresarse así. *Abrojos y cardos*, dice el señor Cañete, *que no rosas y claveles nacen en los eriales*.

No trato, lectoras mías, de contradecir ni de refutar las distintas opiniones de estos dos escritores distinguidos; y ya adivinareis que no puedo hacerlo, porque cuando vuelan las águilas apenas existe un solo pajarillo que consiga seguir las al espacio en su vuelo magestuoso. Cuando cantan los ruiseñores enmudecen todas las aves que los escuchan, no tan solo para admirarlos, sino tambien para aprender á cantar. He querido únicamente daros á conocer los opuestos pareceres de dos campeones de nuestras filas literarias acerca del verdadero origen de la poesia popular.

Mi propósito mas decidido, al dirigirme hoy á vosotras, es presentaros un nuevo poeta; un nuevo intérprete de los sentimientos de ese pueblo; un jóven de talento y de corazon que siempre os hechizará con la magia sublime de su inspiracion y de su génio; que tan pronto os trasladará al sosiego dulcísimo del hogar como al hirviente piélago de las pasiones y de las penas; que le vereis remontar al cielo su alma, en alas de una esperanza seductora, y le contemplareis descendiendo después sobre las alas sombrías de un amargo suspiro; que llorareis con él, y que con él os embelesareis á la par; que admirareis por último á un brillantísimo poeta, y que este poeta es un modesto jóven, que se llama D. Melchor de Palau, de quien vosotras conoceis ya algunas lindísimas composiciones publicadas en las columnas de EL CORREO.

No somos críticos, no pretendemos daros á conocer estos cantares buscando en ellos las faltas que escritores mas autorizados que nosotros acaso no encontrarían.

Cuando tenemos en nuestras manos un ramillete donde todas las flores exhalan un delicado perfume, y donde to-

das nos cautivan por su deslumbradora hermosura, ¿Quién se acuerda de que en medio de esas flores pueden ocultaase algunas espinas?

Aquí teneis un poeta, lectoras mías. Juzgadle vosotras, que como mujeres tiernas y amantes sois jueces competentes para lanzar vuestro fallo en los peregrinos frutos del sentimiento.

¿Queréis conocer los amores del poeta? Queréis conocer los temores, las dudas y los celos que le asaltan en la melancólica dulzura de su inmenso amor? Pues escuchadle:

Morenita, que en los ojos
Y en el traje llevas luto,
No vistas de color negro
La esperanza que en tí fundo.

¿Queréis saber como brotó á sus ojos la soñadora imagen de sus ilusiones, la mujer por quien á cada paso suspira?

De la mar en las playas,
Junto á las olas,
Te encontré, hermosa niña,
Cogiendo conchas;
Entre la arena
Tú una concha buscabas,
Yo hallé una perla.

Vosotras no sabeis hasta dónde lleva su cariño el poeta; vosotras no conoceis lo noble de sus aspiraciones y lo puro de sus deseos; vosotras ignorais, por último, adonde quiere llevar el nombre de su amada.

Quisiera subirme al cielo
Y estampar tu nombre allí,
Para que al alzar los ojos
Pensáran todos en tí.

El joven trovador, al perder ya su última esperanza, esclama:

Gotas parecen mis lágrimas,
Gotitas de agua de mar;
En lo amargas, en lo muchas,
Y en que al cabo me ahogarán.

Palau no se ciñe solo en su preciosa coleccion á referirnos la dolorosa historia de sus fugaces amores.

Dirigiéndose á las niñas buenas, como vosotras, sabe cautivarnos con estas bellisimas imágenes.

No pienses mal nunca, niña,
Que los malos pensamientos
Subiendo en forma de nube
Tapan las puertas del cielo.

Dios quiso que la vergüenza
Fuese una flor encarnada;
Para que la vieran todos
La hizo brotar en la cara.

Hojead este libro, queridas lectoras, y juzgad al poeta, pues vosotras, como mujeres tiernas y amantes, sois jueces

competentísimos para lanzar vuestro fallo en los peregrinos frutos del sentimiento.

A. F. GILLO.

Explicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Cuello*, bordado á punto *Méjico y ruso* sobre nanzouk, para señora.

NUM. 2. *Puño*, correspondiente.

NUMS. 3, 4 y 5. *Cenefas*, bordadas al *pasado*.

NUM. 6. *Otra idem*, bordada á punto *ruso* con seda de color sobre cachemir ó paño, para adornar cestillas, acericos, etc.

NUM. 7. *Entredos*, bordado á la *inglesa*.

NUM. 8. *Otro idem*, á punto *ruso*.

NUM. 9. *Otro idem*, con *trencilla*.

NUM. 10. *Feston* para ropa de uso diario.

NUM. 11. *Cenefa*, bordada con *trencilla* y punto *ruso* para falda interior.

NUM. 12. *Babero* bordado á la *inglesa*.

NUMS. 13 y 14. *Pañuelos*, bordados á punto *Méjico y ruso*.

NUM. 15. *Escudo rico*, bordado á *plumetis*.

NUMS. 16 y 18. *Cifras* para mantelerias ó ropas de cama.

NUM. 17. *Escudo*, bordado á punto *Méjico y ruso*.

NUM. 19. *Otro idem*, bordado á la *inglesa*.

El patron que va á la espalda es de un *cuerpo alto con aldetas*, adornado de guipures, y compuesto como todos, de las piezas conocidas, cuyo letrero lleva cada una.

NOTA.

El librito de Cantares, por D. Melchor de Palau, elegantemente impreso, se vende en las principales librerías y en la Administracion de este periódico, á 4 rs., y á 5 remitido á provincias.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.